



LA REFORMA
UNIVERSITARIA,
ENTRE UN MUNDO
EN VÉRTIGO Y EL
JUVENILISMO
FILOSÓFICO

Sergio Balardini

FRENTE A LAS MÚLTIPLES DIMENSIONES de análisis posibles, los sucesos de la Reforma presentan una arista de particular interés desde el punto de vista del estudio de las generaciones, y es su fuerte perspectiva “juvenilista”. Frente a las tareas que se propone en y a partir del plano universitario hacia una transformación social más allá de los claustros, es la juventud el sujeto que se impone como portador del mensaje, la reflexión y la acción. Una nueva generación que, “incontaminada”, se presenta en condiciones propicias y como mejor intérprete para expresar los cambios acaecidos, así como aquellos por llegar. En este artículo abordaremos algunos elementos que nos permitan entender las razones del “juvenilismo” implícito y explícito en el *Manifiesto Liminar* y sus mentores.

Un mundo en acelerado progreso técnico

Los motivos que llevan a pensar en la nueva generación como portadora de las transformaciones sociales son di-

versos: algunos políticos, otros socioculturales, pero hay un campo no suficientemente considerado que es el de las novedades tecnológicas que afectaban tanto la vida directa de las personas como su percepción acerca de las posibilidades que la ciencia y la técnica acercaban para la vida en común y el destino de las sociedades.

El 17 de diciembre de 1903, cuando los hermanos Wright hicieron su primer vuelo en una máquina a motor, se marca el comienzo de una nueva era en el mundo.

Sir Walter Raleigh (Fuentes, 2016: 262)

En las últimas décadas del siglo XIX, en especial desde 1870, la sociedad se vio sorprendida por una serie de desarrollos tecnológicos de enorme impacto para la vida doméstica y de las naciones. En pocos años, la organización social se vería transformada por estas novedades que, por sus alcances y características, llevaban a reflexionar sobre los modos en que tendrían lugar los vínculos entre las personas. Artefactos que permitirían recorrer grandes extensiones en escaso tiempo, viajar a sitios antes no imaginados, o comunicarse a distancia con la mediación de la tecnología y sin encuentro físico, implicaban, entre otras cosas, un cambio importante en la percepción del tiempo y el espacio. A la vez que ampliaban los horizontes de lo posible y lo imaginable.

Una breve lista de las innovaciones tecnológicas que llegaron para instalarse rápidamente en las sociedades, debería incluir la extensión de los ferrocarriles (1850, en adelante), el teléfono (Alexander Graham Bell, 1876), el fonógrafo (Thomas Alva Edison, 1876), la revolución del acero (Henry Bessemer y Robert Mushet, 1877), la producción co-

mercial de la lámpara eléctrica (Joseph Swan y Thomas Alva Edison) y la electricidad impulsando el desarrollo industrial (1880). En la misma época surgen los submarinos de tracción mecánica con motor a vapor (1880), la turbina de vapor (Charles Parsons, 1884), los submarinos de tracción mecánica con motor eléctrico y aplicación militar (1887), el motor a combustión interna y la aparición de los primeros automóviles (1885). Hacia 1888, George Eastman lanza la cámara Kodak con carrete de película, y ese mismo año se patentó el gramófono; poco después aparecieron el kinetoscopio (Thomas Alva Edison, 1894), la radio (Nikola Tesla y Guglielmo Marconi, 1895) y el cinematógrafo (Auguste y Louis Lumière, 1895). En 1899 se produjo navegación del primer destructor con turbinas. En los años siguientes comienzan a desarrollarse la aviación y la conquista del aire (Orville y Wilbur Wright, 1903), se produce el primer vuelo de un globo aerostático como medio de transporte (1906), la fábrica Lumière comercializa la fotografía en color (1907), se inicia la producción industrial del Ford T (1912) y se presenta la “caballería mecanizada”, los tanques, en el marco de la Primera Guerra Mundial (1915).

La nómina, acotada a nuestros fines, evidencia el impacto que tal conjunto de innovaciones acarreó para la sociedad de aquella época. Sin duda alguna, el mundo se veía diferente para quienes nacieron con estos descubrimientos e invenciones en relación con aquellos que vivieron la mayor parte de sus vidas, y especialmente sus años jóvenes, sin ellas. Así, sería posible conversar a distancia (los críticos señalaban que este hecho heriría de muerte los encuentros entre las personas), viajar de un destino a otro y hacerlo en tiempos reducidos, escuchar música sin presencia de músicos o instrumentos, recibir información actua-

lizada al instante, ver imágenes en movimiento (como en la vida) de sucesos distantes y mundos desconocidos.

La confianza en el progreso de la ciencia y de la técnica desbordaba, y pensar en las nuevas generaciones como portadoras de un futuro pletórico de transformaciones y utopías era, para muchos, un hecho evidente que inundaba las conciencias. Las nuevas generaciones serían el motor privilegiado de los cambios.

Un nuevo orden mundial: la primera Gran Guerra

Desde comienzos de siglo XX, una ola de agitación social recorre Europa, con arraigados antecedentes en el siglo XIX, creciendo en intensidad y extendiéndose territorialmente. El desarrollo aluvional del capitalismo, las tensiones entre capital y trabajo, la explotación sin límite hacen crecer las expresiones de rechazo obrero, organizadas en movimientos multitudinarios que en numerosas ocasiones concluyen con saldo luctuoso. Estos sucesos tienen en nuestras tierras un eco importante a través de los cientos de miles de inmigrantes que habían llegado por esos años y que mantenían una comunicación muy presente con sus familias residentes en sus países de origen; en especial, España, Italia y Francia. El movimiento migratorio no solo traía individuos a estas tierras, sino información reciente sobre los hechos del viejo continente y, junto con ello, nuevas ideas y proyectos, tanto sociales como políticos.

En ese marco, en 1914, estalla la Primera Guerra Mundial a partir de un atentado en los siempre convulsionados Balcanes. Una guerra que reconfigura el esquema de poder

europeo y global, en la medida en que muchas colonias de los viejos imperios avanzarán, a ritmo diferente pero sostenido, hacia procesos de independencia de sus metrópolis. Una guerra que comienza con armas del siglo XIX y finaliza con artefactos tecnológicos desconocidos hasta entonces. De hecho, es la última gran guerra que inicia con caballería tradicional, con decenas de miles de caballos en los campos de batalla, y que durante su transcurso los reemplaza por la llamada “caballería mecanizada”, los tanques, en los mismos escenarios.

Esta guerra, que la mayoría de los analistas e implicados imaginaban en sus inicios de corta duración, se extendió durante cuatro interminables años sin que las líneas de fuego pudieran definir un claro vencedor. Los avances y retrocesos se sucedían y lo único que parecía indiscutible era el número de muertos: millones de jóvenes de los países involucrados, quienes eran arrasados por las armas del enemigo al salir de sus trincheras, separadas en algunos casos solo por cientos o incluso pocas decenas de metros. Las sucesivas estrategias militares, avaladas por los liderazgos políticos de los países contendientes, no hacían otra cosa que aumentar las cifras de víctimas de ambos bandos. Este hecho inocultable, junto al gradual empobrecimiento de las sociedades envueltas en la guerra por el esfuerzo bélico, fue generando un malestar que crecía en indignación por aquello que comenzaba a vislumbrarse como un matadero generacional. Una generación vieja enviaba a la muerte masiva a una nueva generación, llamada a sustituirla.

Sumemos a lo anterior la crisis política en Rusia, que, en 1917, y como antesala del fin de la guerra, deviene en la revolución bolchevique, con sus asambleas de obreros y sol-

dados y la utopía de un mundo de iguales. La revolución era proletaria, pero también joven.

Por otra parte, desplazados los hombres a los campos de batalla, las mujeres en las ciudades debieron sostener a sus familias participando en el mundo del trabajo; y una vez finalizada la Gran Guerra, reclamaron con fuerza ser parte de la esfera pública, lo que incluía su derecho al voto. Producto de esas luchas, en 1918 es elegida la primera mujer parlamentaria en Gran Bretaña, en tanto en otros países, las mujeres conquistan su derecho a votar (entre 1913 y 1920, Noruega, Dinamarca, Islandia, Holanda, Rusia, Alemania, Suecia y los Estados Unidos).

En América Latina, por su lado, desde 1910, otra revolución hacía sus primeros pasos: la Revolución Mexicana, que si bien con características propias y diferenciadas, expresaba también ideales de cambio.

El contexto nacional: un país agitado que cambia velozmente

En la primera década del siglo XX arribaron al país un promedio anual de 120.000 inmigrantes. Según el censo de 1914, el 30% de la población era extranjera. Los inmigrantes europeos, en muchos casos hombres solos, mayoritariamente italianos y españoles, eligieron residir en ciudades como Buenos Aires, Córdoba o Rosario. En cuanto a sus trabajos, la mayoría se desempeñó en obras públicas, en el puerto, en la construcción y en la extensión del ferrocarril a lo largo de un vasto territorio. Estos inmigrantes incrementaron de modo notable tanto el número de trabajadores obreros urbanos como el de sectores medios no asalariados.

En el cambio de siglo se produjo también una importante migración interna, del campo a la ciudad. Según estadísticas oficiales, en 1869 la población rural representaba el 72% del total y la población urbana, el 28%, mientras que en 1914, por primera vez, se detecta una mayoría de población urbana, el 53% frente al 47% de población rural. En el mismo lapso, la población total del país había pasado de 1.830.000 habitantes en 1869 a 7.885.000 en 1914; habían transcurrido solo 45 años.

La vida de la ciudad se transformaba aceleradamente. En parte, por el salto demográfico que imponía cambios estructurales y culturales, vinculados también a la industrialización, y en parte por las corrientes migratorias. En tal contexto, crecieron las demandas sociales y laborales, que incluían las denuncias por el aumento del costo de vida, por las jornadas de trabajo prolongadas y por las pésimas condiciones de alojamiento. El malestar se extendió y nutrió la protesta. Las huelgas –de portuarios, de textiles, de panaderos, de inquilinos, entre otras– se extendieron y fueron enfrentadas con la represión policial. Frente a la ola de efervescencia social, huelgas y protestas masivas, en 1902 el poder instituido le agregó, a las formas de represión habituales, la sanción de la Ley de Residencia, que autorizó a deportar a extranjeros que se consideraran peligrosos, es decir, aquellos que cuestionaran el orden establecido. En ese marco, los allanamientos a locales de la central sindical anarquista Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y del Partido Socialista (PS) se convirtieron en rutina y el Estado de Sitio, un escenario casi permanente.

El conflicto social no disminuía y el 1º de mayo de 1909 estaba en su apogeo la campaña obrera por la reducción de la jornada de trabajo y otras mejoras sociales. En la mani-

festación realizada en la Plaza Lorea de Buenos Aires se produjeron violentos choques con la policía, que terminaron con varios muertos y heridos. La agitación duró algunos días hasta que decayó. Sin embargo, el fusilamiento en Barcelona de Francisco Ferrer Guardia, creador de la pedagogía libertaria, agitó nuevamente las aguas. Se sucedieron mitines y hechos de indignación. En ese caldeado ambiente, el 14 de noviembre fue asesinado el jefe de policía, coronel Ramón L. Falcón, por la mano de un joven anarquista. En 1910, para enfrentar el conflicto social, se sancionó una nueva ley represiva, la 7029, llamada de Defensa Social.

En 1912, con un clima social en convulsión, buscando descomprimir una situación insostenible, a instancias del presidente Roque Sáenz Peña se promulgó la ley que llevará su nombre, que otorgó el derecho al sufragio universal, secreto y obligatorio a todos los hombres. La nueva ley permitió que triunfara en las elecciones de 1916 el radical Hipólito Yrigoyen, por empuje de la naciente clase media y los nuevos sectores del trabajo. A consecuencia de ello, las relaciones de poder entre radicales y conservadores se tensaron al extremo.

Mientras tanto, en el ámbito económico, en las dos últimas décadas del siglo XIX la Argentina había ingresado con fuerza en el mercado mundial de carnes, en primer lugar, y agrícola, inmediatamente después, generando una importante riqueza económica. Las actividades conexas, a partir de la producción de frigoríficos, del funcionamiento de los ferrocarriles y la agroindustria, fueron generando una importante clase obrera, y junto al comercio y las actividades administrativas, una naciente clase media. La industria ligera elevó a 50.000 los establecimientos industriales en 1914 (Ber-

man, 1946: 94). Por otra parte, al comenzar la Gran Guerra y caer el intercambio de mercancías, esta integración al mercado mundial, basada en la exportación de productos agrícola-ganaderos, hizo sufrir a la economía argentina.

En este contexto, en la Argentina, casi dos millones y medio de jóvenes entre los 15 y los 30 años estaban buscando los medios para integrarse a la sociedad (Berman, 1946: 96).

Como producto de la nueva configuración social emergente, en las primeras décadas del siglo los estudiantes universitarios empezaban a dejar de ser la elite homogénea de hijos de las familias aristocráticas, para mezclarse gradualmente con los hijos de comerciantes y trabajadores de diversa procedencia, tanto extranjeros como de distintos puntos del país. Este hecho se veía reflejado en la obra teatral *M'hijo el Doctor* (1910), del escritor Florencio Sánchez, cuyo título¹ daba cuenta de esa nueva movilidad social en una suerte de síntesis de las expectativas de cada vez mayores contingentes de inmigrantes. Este fenómeno sería la base social del movimiento de la Reforma, que contaba con antecedentes de protestas estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires (1905) y que atravesaba al conjunto de las instituciones de enseñanza superior, que comprendía las universidades de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y

1 Por aquellos días, según Berman, “las universidades crearon un nuevo tipo social: el doctor. Los doctores constituyeron el patriciado de la segunda república, sustituyendo poco a poco y nunca por completo, a los caudillos sin jerarquía intelectual ni capacidad para actuar en la dirección de la enseñanza pública, o para dirigir el despertar económico de la nación. Ellas imponían el conjunto de ideas reinantes, daban los candidatos a presidente, ministros, gobernadores y diputados; tenían influencia decisiva en los parlamentos y en la vida económica del país. Si la Universidad por su régimen legal dependía del Estado, el Estado era en parte ella misma” (Berman, 1946: 84).

La Plata.² En 1900, la Argentina tenía una población de 4.500.000 habitantes y 6.735 estudiantes secundarios. Pocos y renombrados colegios se proponían con vocación de conectar con la universidad. Lo que equivale a decir que a ellos podían concurrir los hijos de las familias más pudientes de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Tucumán. Esto es lo que iría a cambiar.

En este marco, el movimiento de la Reforma Universitaria será, ante todo, expresión del reclamo de democracia política que tenía lugar en la sociedad trasladado a la universidad, como síntesis de los nuevos tiempos.

Los sucesos de la Reforma

La crónica de los acontecimientos revela una serie de conflictos entre los estudiantes y las autoridades de la universidad a lo largo de buena parte de 1917, que incluyen el cuestionamiento de la legitimidad del rector y los decanos, y que se profundizó con el cierre del Internado del Hospital de Clínicas, cuya justificación apelaba a “razones de economía y moralidad”. A partir de este hecho se desató una espiral de sucesos con respuestas cada vez más despóticas por

2 En sus espaldas contaban las acciones precursoras de este movimiento. Ya entre 1875 y 1889 hubo cierta agitación estudiantil, y de 1903 a 1906 una serie de conflictos se suscitaron en la Universidad de Buenos Aires, donde los estudiantes reclamaron por la democratización del gobierno universitario y obtuvieron ciertos triunfos, no sin choques con la policía, violencia cruzada, una opinión pública preocupada y reacciones parlamentarias y del gobierno. Entre 1906 y 1915 se organizaron varios centros gremiales de estudiantes y ateneos para analizar los problemas universitarios y sociales (Berman, 1946: 90).

parte de las autoridades universitarias que no podían admitir “insolencias”; entre diciembre y junio se concatenaron huelgas, movilizaciones, enfrentamientos con la policía y tomas de facultades, que en conjunto irían componiendo el espíritu y las demandas de los estudiantes.

Las principales demandas de los estudiantes se resumían en la modificación de los planes de estudios, el acceso a las cátedras por concurso, la autonomía universitaria, el derecho de agremiación, la participación estudiantil en el gobierno universitario frente al régimen de academias vitalicias y la puesta en marcha de planes de enseñanza adecuados a la modernidad emergente.

Las idas y vueltas del conflicto incluyeron la intervención del gobierno nacional (decretada en el mes de abril a solicitud de los estudiantes) y el llamado posterior a una Asamblea (junio) que resultó estafada por la presión del estamento conservador sobre los profesores liberales. Frente a estos hechos, los estudiantes invadieron la Asamblea y evitaron la consumación legal del acto desalojando el salón y enfrentando a los gendarmes que se les oponían.³ Un dirigente de la Federación de estudiantes ocupó el pupitre del rector y expresó: “La Asamblea de todos los estudiantes de la Universidad de Córdoba decreta la huelga general. Junio 15 de 1918” (Berman, 1946: 87). Tras lo cual marcharon sobre la ciudad al grito de “huelga general”. Después de la ocupación de la Universidad, se lanzó el *Manifiesto Liminar* y la revuelta se extendió al resto de las universidades argentinas, cuyos estudiantes adhirieron a la huelga. También la apoyaron los sindicatos obreros de la provincia y la mayoría de su población. Se realizaron marchas y manifestaciones de apoyo en numerosas provincias y en la

3 *La Prensa*, 16 de junio de 1918.

ciudad de Córdoba las movilizaciones superaron las diez mil personas, cuando los estudiantes universitarios no llegaban a más de mil quinientos. Como dato significativo, los estudiantes secundarios también salieron a la calle y realizaron su primera huelga general (Solano, 1998).

Los estudiantes reclamaron nuevamente la intervención del gobierno nacional, que accedió y nombró a un nuevo interventor quien, sin embargo, nunca logró asumir debido a la resistencia ejercida por los sectores conservadores, que veían en él a un enemigo. El presidente Yrigoyen, que parecía decidido a acabar con estos avatares, nombra entonces como interventor al mismísimo ministro de Educación, José Salinas. Pero los días transcurrían y la intervención no se concretaba, por lo que los estudiantes decidieron, en respuesta, ocupar la universidad y asumir su gobierno el 9 de septiembre. Expresaban en un comunicado: “Mientras llega la intervención se coloca a la universidad bajo superintendencia de la Federación”. Tres estudiantes fueron designados decanos y fueron asimismo nombrados los profesores interinos. “La facultad estaba en manos de los estudiantes. Para demostrarlo, el prosecretario de la Universidad fue descendido a mayordomo y su lugar, ocupado por un estudiante” (Solano, 1998). Finalmente, unos días después, la intervención se hizo cargo del gobierno de la Universidad, se modificaron los estatutos y se incorporaron los principios defendidos por los estudiantes: autonomía universitaria, participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad, docencia libre, extensión universitaria y asistencia libre a clases. La Reforma se propagó por todo el país. En Buenos Aires, La Plata, Litoral y Tucumán los estudiantes lograron imponer los principios reformistas. Hacia 1921 la Reforma regía en todas las universidades argentinas (Solano, 1998).

En medio de las luchas, se crearon la Federación Universitaria Argentina (11 de abril) y la Federación de Estudiantes de Córdoba (16 de mayo), y el 21 de julio se realizó el Primer Congreso de Nacional de Estudiantes, que sesionó en Córdoba y se proclamó a favor de las demandas de los reformistas.

El movimiento de la Reforma había concluido su capítulo fundacional, representando una manifestación de lucha democrática, antioligárquica, anticonservadora. Y decididamente juvenilista.

Impronta generacional del movimiento estudiantil del '18

La Reforma no ha sido, ni es tan solo, un movimiento cultural espiritual, ni exclusivamente una campaña por mejorar las casas de altos estudios en el sentido técnico o de investigación, ni un intento por convertirlas en el recinto donde gente ilustrada dilucide algunos problemas. Ha sido y es, principalmente, el órgano que tiene la juventud universitaria de América, fiel al sentido histórico de su desenvolvimiento continental, por conquistar las universidades para los objetivos político-sociales y culturales a que la lleva su angustia de presente y sus ansias de porvenir” (Berman, 1946: 137).

Si bien la Reforma fue en un primer aspecto una lucha universitaria, no se detuvo ni se definió solamente allí: fue asimismo un movimiento político que tiene origen en –y a su vez expresa a– una clase social que irrumpe a la vida

política y lucha por sus espacios y derechos. Pero continuando el análisis, se trató, singularmente, de una explosiva manifestación generacional que introduce novedades y genera rupturas. Hay un antes y un después del Movimiento Reformista.

Esta manifestación generacional que se expresó en términos de fuerte juvenilismo tuvo entre sus influencias intelectuales principales a la obra *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, un ensayo con perfil latinoamericanista que alcanzó muy altos niveles de recepción e impacto en la región; tanto es así, que en varios países se generó a partir de su lectura un movimiento intelectual, el “arielismo”. La obra es un texto breve, de contenido filosófico y pedagógico, dirigido a la juventud hispanoamericana, en la que le advierte contra el utilitarismo y la “nordomanía”, término con el que refiere a la seducción de la cultura, y la influencia política, estadounidenses. En dicho texto, Rodó utiliza los personajes de la pieza *La tempestad* de William Shakespeare: Próspero, Ariel y Calibán, y, a través de ellos, da lugar a un debate entre el idealismo y la espiritualidad (Ariel) y el materialismo (Calibán), junto a un maestro, encarnado por Próspero, que representa la sabiduría. En este ensayo, Rodó estimula a los jóvenes a crear su propia identidad y evitar ser subyugados por el utilitarismo estadounidense, llamando a una gesta regional. Como señala Mariana Alvarado,

El discurso de cierre de *Ariel*, que tiene como destinatario a los jóvenes discípulos, se inserta en el contexto histórico sociocultural de su tiempo en el que comienza a circular la formulación de un proyecto que exige de interlocutores y que inaugura el discurso juvenilista que más tarde se transformaría, en nuestra cultura, en la voluntad colectiva

llamada a expresarse en las movilizaciones de la Reforma Universitaria (Alvarado, 2003: 160-161).

Rodó enuncia un arco de valores “de gran atractivo para la juventud, como la ‘esperanza’, el ‘entusiasmo’, la ‘experiencia, la ‘vida’ o la ‘utopía’, pero lo hace sin descartar el rol crítico del descontento y la duda, del pesimismo y la inconformidad” (Rojas, 2012), temas que luego se harán presentes en otro autor de referencia para los estudiantes: José Ingenieros, si bien con una deriva diferente, teñida, en su caso, por los sucesos de la Gran Guerra y la Revolución Rusa.

La otra gran influencia que aparece con fuerza en el eco de los reformistas será entonces la de Ingenieros –filósofo, profesor universitario y ensayista–, a través de sus “sermones laicos”, según definió este autor a sus artículos publicados en revistas estudiantiles y universitarias entre 1918 y 1923, y recogidos en su obra póstuma *Las fuerzas morales*.

En efecto, el pensamiento de Ingenieros puede descubrirse en las palabras del *Manifiesto Liminar* de los estudiantes en diferentes puntos. En primer lugar, en la explícita ruptura entre quienes representan el pasado y el presente, y el llamado a la redención y la justicia, a través de la palabra y la acción, para doblegar las injusticias.

Ingenieros: “Cada vez que una generación envejece y reemplaza su ideario por bastardos apetitos, la vida pública se abisma en la inmoralidad y en la violencia. En esa hora deben los jóvenes empuñar la Antorcha y pronunciar el Verbo: es su misión renovar el mundo moral y en ellos ponen su esperanza los pueblos que anhelan ensanchar los cimientos de la justicia” (Ingenieros, 2003: 4).

Manifiesto: “Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan”.

En segundo lugar, en la reivindicación de hallarse frente a una generación sin complicidad, incontaminada, una juventud pura.

Ingenieros: “Jóvenes son los que no tienen complicidad con el pasado” (Ingenieros, 2003: 4).

“Es ventura sin par la de ser jóvenes en momentos que serán memorables en la historia. Las grandes crisis ofrecen oportunidades múltiples a la generación incontaminada, pues inician en la humanidad una fervorosa reforma ética, ideológica e institucional. Una nueva conciencia histórica deviene en el mundo y transmuta los valores tradicionales de la Justicia, el Derecho y la Cultura” (ídem: 4).

Manifiesto: “La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse”.

Luego, en una revolución en las conciencias portada por la juventud, cuya misión es proyectarla.

Ingenieros: “Es misión de la juventud tomar a los ciegos de la mano y guiarlos hacia el porvenir. Arrastrarlos si dudan; abandonarlos si resisten. [...] Los jóvenes pierden su tiempo cuando esperan impulso de los viejos. Es más razonable obrar sin ellos, como hicieron otrora los próceres, cuando supieron hacerse independientes y sembrar los veinte gérmenes de una gran civilización continental” (ídem: 5-6).

Manifiesto: “La juventud ya no pide. Exige. [...] Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocerle la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa”.

Asimismo, y finalmente, se trata del amanecer de una revolución americanista.

Ingenieros: “Una ilustrada minoría de la Nueva Generación cree que los pueblos de nuestra América Latina están predestinados a confederarse en una misma nacionalidad continental. Lo afirma solemnemente y parece dispuesta a tentar la vía, creyendo que si no llegara a cumplirse tal destino sería inevitable su colonización por el poderoso imperialismo que desde ha cien años acecha” (ídem: 4).

Manifiesto: “Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”. “En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presenciado desórdenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente.”

De Rodó a Ingenieros se observa la huella de un llamado generacional y juvenilista, una reivindicación de los valores e ideales portados por los jóvenes incontaminados, un reclamo de justicia y un llamado a una épica americanista –que, en el caso de Rodó, confronta con Estados Unidos y, en el de Ingenieros, con el Viejo Mundo inmerso en la Gran Guerra–. Por otra parte, el impacto de la guerra europea, que arrastró a los territorios de sus colonias, actuó como elemento de reafirmación de una mirada orientada hacia la propia tierra latinoamericana, buscando en ella la construc-

ción de valores que sustituyeran a aquellos del cosmopolitismo caído en desgracia.

En palabras de Deodoro Roca, artífice del *Manifiesto Liminar*:

Pertenece a esa misma generación que podríamos llamar “la generación del ’14”, y cuya pavorosa responsabilidad alumbró el incendio de Europa. La anterior se adoctrinó en el ansia poco escrupulosa de la riqueza, en la codicia miope, en la superficialidad cargada de hombros, en la vulgaridad plebeya, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones del agropecuarismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocratizante (Roca, 1978: 307–308).

Para Fernanda Beigel, “El principal rasgo del ‘juvenilismo’ rioplatense, al decir de Arturo Roig, es el purismo, que barniza al movimiento reformista de un carácter elitista, por cuanto solo los jóvenes poseen la ‘pureza inalterada’, altruista e implacable, que hace falta para protagonizar la lucha contra la opresión” (Beigel, 2006: 62). Esta expresión juvenilista asalta con dureza contra las clases dirigentes de una generación anterior, especialmente en su faceta moral, confundiendo con un mensaje profético que “confía en la personalidad juvenil como fuente de cambio social y reino definitivo de la verdad” (ídem: 62). Rasgos que podemos hallar tanto en el *Manifiesto* como en los textos de Ingenieros, con sus llamados a la juventud a ponerse a la vanguardia de la renovación y el cambio.

Hay, por último, otro equivalente posible en los términos de los enunciados, porque también América es joven, y tanto para Deodoro Roca como para Ingenieros, se diferencia de la vieja Europa y sus tradiciones, en sintonía con una expresión

de la época que declamaba la “decadencia de Occidente”.⁴ Como expresaba el *Manifiesto*, “estamos viviendo una hora americana”. Que, por cierto, era vivida como una hora juvenil y generacionalmente diferenciada. Y que se pensaba impecable e implacable.

A modo de colofón: la nueva generación de un mundo en tránsito

En resumen, el movimiento de la Reforma se nutrió de diferentes afluentes, siendo uno de los más vitales las corrientes filosóficas juvenilistas, inspiradas principalmente en Rodó e Ingenieros. A su vera, las corrientes de pensamiento americanistas y los ideales de justicia e igualdad tuvieron fuerte impronta en el movimiento. Asimismo, el fracaso de los liderazgos políticos instituidos dejó su traza. Finalmente, las intensas y sucesivas innovaciones tecnológicas, que incluían nuevos artefactos que comenzaban a cambiar la vida social, materializaron la idea de progreso ilimitado, cuyos mejores intérpretes solo podían estar en el futuro: las nuevas generaciones.

En la década de 1920, el concepto de “generación” tendría un fuerte impacto en los debates sociológicos y políticos, a los cuales aportaría el español José Ortega y Gasset,⁵ un visitante frecuente de la Argentina, para quien la idea de “generación” era el concepto “más importante de la histo-

4 Oswald Spengler publicó en 1918 un libro con ese título, el cual fue traducido al castellano por José Ortega y Gasset en 1925.

5 En el libro *La idea de las generaciones*, de 1923.

ria” (Leccardi y Feixa, 2011: 11) ya que, desde su perspectiva, el motor del cambio social se halla en la sucesión de las generaciones.

Años más tarde, profundizaría estas ideas Karl Mannheim, quien consideraba las generaciones como dimensiones analíticas útiles para el estudio tanto de las dinámicas del cambio social como para los “estilos de pensamiento” y la actitud de la época (Leccardi y Feixa, 2011: 11-14).

Resulta difícil, aún cuando no fueron su referencia explícita, no asociar los planteos de estos autores al movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba.



Bibliografía

- ALVARADO, Mariana, “Rodó y su Ariel. El Ariel de Rodó”, en *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, N° 20, 2003, pp. 155-173. Disponible en: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/228/alvaradoCuyo20.pdf.
- BALARDINI, Sergio, “Córdoba, ‘Cordobazo’ y después. Mutaciones del movimiento juvenil en Argentina”, en Feixa, C., Molina, F. y Alsinet, C. (eds.). *Movimientos juveniles en América Latina. Pachuchos, malandros, punketas*, Barcelona, Ariel, 2002.
- BEIGEL, Fernanda, *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

- BERMAN, Gregorio**, *Juventud de América*, México, Cuadernos Americanos, 1946.
- CARLI, Sandra**, “Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria (Federación Universitaria de Córdoba, 1918)”, *Transatlántica de educación*, N° 5, 2008, pp. 35-42. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3036611>.
- FEDERACIÓN UNIVERSITARIA DE CÓRDOBA**, “Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria”, Córdoba, 1918. Disponible en: <https://www.unc.edu.ar/sobre-la-unc/manifiesto-liminar>.
- FUENTES, Alberto**, *La era tecnológica que cambió al mundo. 1712-1912*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2016.
- INGENIEROS, José**, *Las fuerzas morales*, “Capítulo 2. Juventud, Entusiasmo, Energía. I. De la Juventud”, Biblioteca Virtual universal, 2003. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/88978.pdf>.
- LECCARDI, Carmen y FEIXA, Carles**, “El concepto de generación en las teorías sobre la juventud”, en *Última década*, N° 34, CIDPA, Valparaíso, 2011, pp. 11-32. Disponible en: <http://www.scielo.cl/pdf/udecada/v19n34/art02.pdf>.
- ROCA, Deodoro**, “La nueva generación americana”. Discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios, Córdoba. Pronunciado al finalizar la sesión de clausura del 30 y 31 de julio de 1918, en **PORTANTIERO, Juan Carlos**, *Estudiantes y política en América Latina (1918-1938): El proceso de la Reforma Universitaria*, México, Siglo XXI editores, Nuestra América, Caminos de Liberación, 1978.
- RODÓ, José Enrique**, *Ariel*, Biblioteca Virtual universal, 2003. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/70738.pdf>.
- ROJAS, Rafael**, “El lenguaje de la juventud. En diálogo con *Ariel*, de José Enrique Rodó”, en *Nueva Sociedad*, marzo-abril, 2012. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/en-dialogo-con-ariel-de-jose-enrique-rodo/>.

ROMERO, Ricardo, *La lucha continúa. El movimiento estudiantil argentino en el siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

SÁNCHEZ, Florencio, *M'hijo el Doctor*, Buenos Aires, Ediciones La Pampa, 1960.

SOLANO, Gabriel, *Aniversario: 80 años de la Reforma Universitaria*.

Fundación del movimiento estudiantil latinoamericano, Buenos Aires, 1998. Disponible en: <http://www.po.org.ar/publicaciones/verNotaRevistaTeorica/20/aniversario-80-anos-de-la-reforma-universitaria-fundacion-del-movimiento-estudiantil-latinoamericano>.